

DISCURSO

Señor Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.
Señor Director de la Facultad de Derecho.
Señores Profesores.
Señores Estudiantes:

Siempre he tenido la convicción de que la vida no es sino un acto de fé continuamente renovado y que, por tanto es precisamente, mediante actos de fé, de afirmaciones reiteradas de creencias en algo o en alguien, como podemos construir y ennoblecer nuestra propia existencia y más aún, la de las instituciones que el hombre ha creado y a cuyo servicio se encuentra.

En este día, señoras y señores, realizamos la reiteración de uno de esos actos de fé que hacen noble y valiosa la vida de los hombres y de las instituciones. Celebramos en este acto —sencillo pero solemne— a un Maestro, Fernando Flores García que ha cumplido veinticinco años de ejercicio de su noble tarea en nuestra siempre amada Facultad de Derecho.

Fernando Flores García, como es público y notorio es un hombre que a una modestia primordial, aunada toda una amplia gama de valores humanos que definen y, en especial —adornan su personalidad—. Pero, este hombre singular, formado con inteligencia y tenacidad ejemplares, siempre distinguido y brillante en nuestra Universidad y en muy importantes centros de estudio en el extranjero; profesor desde casi adolescente en el bachillerado y más tarde, catedrático de diversas disciplinas jurídicas en nuestra Facultad y en otras escuelas

universitarias; profesor visitante asimismo, en escuelas de Derecho de Universidades de los Estados Unidos de Norteamérica.

Este hombre cuyos conocimientos y experiencias, se ha volcado en múltiples publicaciones que son orgullo de nuestra Literatura Jurídica. Este hombre que se ha definido con verdad y autenticidad como un erudito en el Derecho, un investigador profundo y un escritor claro y convincente; es —ante todo— y por encima de la muy importante amplitud de sus trabajos, un Maestro y precisamente por ello, celebramos en este acto, sus primeros veinticinco años de ejercicio docente en esta Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Fernando Flores García es, por derecho propio, un maestro y, con ello, un maestro que sin escatimar esfuerzo y aún sacrificios, ha entregado su vida a esta tarea magnífica que, sin duda alguna, es una forma sublimada de la caridad.

Esta esencial circunstancia: la celebración de un maestro universitario, me impulsa a presentar ante ustedes unas cuantas reflexiones sobre temas que, debo confesarlo, ya han sido motivo de mis palabras, en otras ocasiones de celebraciones universitarias y, sin temor de repetirme quiero hacerlas presentes en esta ocasión, toda vez que, en lo personal me sirve de excusa, un consejo —o bien una consigna— que me diéron dos personajes que siendo muy diferentes por su formación y en especial por su ocupación, en uno era Filósofo y el otro Político, coincidieron felizmente: Cuando tengas la certeza de tener en tus manos una verdad —me dijeron ambos— no dudes en reiterarla sin temor a repetirte; la verdad, debe afirmarse y por ello es conveniente reiterarla siempre que sea necesario u oportuno.

Es por ello y porque me dirijo a ustedes, en el tono emocionado que me inspira la más noble expresión del amor humano: La amistad, la fraternidad de ideales, que no dudo en reiterar con palabras y conceptos que no dudo en creer que hace suyos Fernando Flores García y, que sobre todo, en su parte relativa destacan y enaltecen las tareas docentes de nuestro homenajado mis íntimas y personales convicciones:

En la fuente misma de nuestra tradición cultural y en los balbuceos de nuestro idioma, llamó el Rey Sabio a las universidades comunidad de profesores y estudiantes y en esta frase de limpia llaneza castellana, se explica de una manera insuperable la esencia misma de una Casa de Estudios: comunidad de profesores y estudiantes, comunicación espiritual, comunión de ideas y sentimientos entre quienes transmiten el saber y quienes lo reciben; entre quienes ofrecen el don supremo del conocimiento y quienes esclarecen su ser con la luz de la verdad.

Entre los grandes constructores de la humanidad —dijo un ilustre mexicano: don Jaime Torres Bodet— ha reservado la vida al maestro un lugar de honor. Los elementos con que construye no son concretos y ma-

teriales. Los monumentos que erige no adquieren siempre en forma para los ojos, ni realidad ponderable para el conjunto de los sentidos. Pero acontece que sin su obra —información y modelo invisible de los espíritus— todas las otras creaciones del saber humano, por valiosas que nos parezcan, dejarían de tener significado en el panorama de la cultura.

En efecto, lo que el filósofo piensa y el poeta escribe: lo que investigan los sabios y producen los industriales; lo que los viajeros descubren y los geógrafos puntualizan; en síntesis, toda la experiencia que la humanidad ha acendrado en siglos de dolores y de aventuras, de esperanzas y de pasiones, está aguardando para penetrar en el mundo del niño y para llegar al adolescente y al joven, ese puente frágil, trémulo, ingrátido y sin embargo insustituible que el maestro tiende entre el pasado y el futuro de la nación.

Enfrente del maestro está el alumno; ser misterioso y ávido que va a la escuela para ayudarse a ser hombre, para expresarse como individualidad. El es el destinatario del mensaje del maestro; él es quien debe recibir y hacer suya la enseñanza, incorporar el conocimiento a su ser y llevar adelante, perfeccionándolo, el legado que ha recibido.

Es indudable que entre el maestro y el estudiante existe una relación conjunta que los vincula y que se concreta en el acto de enseñar y el acto de aprender. Enseñar, ese acto cotidiano que por ser precisamente cotidiano, es algo en cuya significación no nos solemos detener a pensar.

¿Cuál es la esencia de este acto que consiste en que un profesor asciende a la cátedra y comienza desde ella a discurrir sobre un tema. Durante la hora de clase el profesor se confiesa ante su auditorio. Eso quiere decir profesor, de *pro* y *fateri*, el que declara algo, el que revela algo en una declaración, el que al confesarse dice la verdad, su verdad. Y eso mismo es lo que hace al que profesa en una orden religiosa y muere para el mundo, que se liga por un voto a su verdad declarada. Y ese mismo profesor en el voto que presta el profesional que declara abiertamente que sabe un arte o una ciencia y que está dispuesto a demostrarlo. Y aquí radica precisamente la esencia profunda del ser profesor; revelar algo de sustancial contenido ante un auditorio o clase y decir la verdad, que es su verdad. ¡Qué lejos nos llevaría un comentario acerca de lo que es para un profesor la verdad o su verdad!

¿Qué expone el profesor durante su hora de clase? Durante esta hora el profesor sintetiza lo que una legión innumerable de pensadores e investigadores ha descubierto y urdido en la maraña de los siglos y que ha llegado a ser una ciencia. ¡Cuántos errores inteligentes que llevaban en su seno el germen de la verdad!

¡Cuántas rectificaciones de sus doctrinas! ¡Cuántos dramáticos sacrificios, por parte de los hombres de estudio durante largas horas de vigilia, para que una disciplina —la que enseñamos— tenga eixstencia y continuidad!

Todo esto se escenifica, señoras y señores, en el drama cotidiano de la hora de clase.

Entre la cultura y la educación se encuentra, como medio viviente, el maestro, el educador. Esto es imprescindible en la formación del individuo, toda vez que en verdad la educación no es —no debe ser— sino un ideal de la formación del hombre.

Tal es el maestro y tal es su función: el amor a los jóvenes, la inclinación a darse a los seres más débiles, los más abiertos a todas las influencias, a los que más confían en la fuerza y la bondad de sus mayores. Desgraciadamente en este nuestro mundo en el que parece ser mayor cada día el menosprecio por el culto de los verdaderos valores, un sentimiento utilitario, cuando no francamente político, ha pervertido la alteza de la misión del maestro y la grave responsabilidad del discípulo y una aridez del alma, seca y estéril, señorea el recio sentido de su función.

Un maestro de este linaje ha sido Fernando Flores García durante los veinticinco años de su ejercicio docente en nuestra Facultad y es precisamente por ello que lo celebramos con júbilo auténtico y hondo calor humano: porque Fernando ha sido, sin duda alguna un hombre recto y firme— que ha sabido, con amor y pasión, ser fiel a su vocación de maestro.

Y esto parece fácil y quizá para muchos con criterio superficial, más aún intrascendente; pero, la verdad es para mí diferente: un elemento fundamental para situar y valorizar una vida humana, radica en la forma y manera como esta fue fiel a su vocación, porque ella es como un crisol depurador de las energías intelectuales, morales y de acción, que configuran la vida de un ser humano.

Y en relación con esto, vienen a mi memoria —luminosas— unas páginas de la gran poetisa chilena Gabriela Mistral, bellísimas —como todo lo que ella escribió— en las cuales dirigiéndose en una ocasión a un grupo de universitarios que habían obtenido su título profesional, decía que a su juicio tenía muchos visos de verdad una afirmación anónima que recordaba desde su juventud y en la que se aseguraba que todo el desorden del mundo viene de los oficios y de las profesiones mal o mediocremente servidas, y agregaba la extraordinaria mujer: me dejó la frase rotunda, perpleja en un comienzo y después dudando, como se duda siempre de los juicios simplistas.

Así pues me decía ¿no hay otra fuente que ésa del mal colectivo? ¿No existe al lado de ese daño un desquiciamiento espiritual del mundo? ¿No hay problemas sociales y de orden económico que causan la desgracia común?

He visto muchas cosas más tarde —concluía la sin par Gabriela— por aquello de que es bastante el que camina por distraído que sea, y de casi todas las crisis en varios pueblos, dándome cuenta al final de que el asiento geológico de los males más diversos era el anotado: los

oficios y las profesiones mal o descuidadamente servidos. Político mediocre, Educador mediocre, Médico mediocre, ésas son nuestras calamidades verdaderas. Religión, moral, economía, pedagogía, forman solamente un cortejo ilusorio de la única verdad constituida por el oficio, todo aquello si se quiere, es un coro anecdótico de tragedia griega que recita con brillo, pero que no puede eclipsar al Agamenón o el Prometeo esencial que se llama el oficio o la profesión.

Con lo cual debemos aceptar que la profesión es la columna vertebral que nos mantiene la línea humana, la vertical del hombre y lo demás se me ocurre ser carne servil y a veces muelle, o una decoración de gestos y sonrisas.

El orgullo de un título profesional es hermoso y razonable porque cada profesión es de hecho un linaje; pero es grave cuidado y esencial responsabilidad la guarda de los linajes intelectuales y sin duda alguna mucho más escabrosa que la de otros linajes. El peso de la honra que trae consigo cualquier profesión abruma de obligaciones porque abruma de mérito cumplido.

Por ello celebran a un Maestro que ha ejercido durante veinticinco años su vocación de docente, con el carácter de un verdadero apostolado de la verdad y del bien, con espíritu de sacrificio, pureza de miras y noble desinterés, es —en verdad— renovar nuestra fe en los auténticos valores morales y presentar la consideración de los maestros y de los alumnos un modelo que emular, en el pensamiento y en la acción.

Pero, señoras y señores, ante este modelo de un hombre que con inteligencia, estudio incesante y verdadero espíritu de sacrificio, ha demostrado un amor cordial por nuestra Facultad y, por tanto, por nuestra Universidad, no quiero concluir sin dedicar un amoroso recuerdo a nuestra Casa de Estudios, recuerdo que —también— tengo la certeza podría hacer suyo Fernando Flores García.

La Universidad —nuestra Universidad— está viviendo amenazada por una serie de peligros que le plantean un grave y ominoso futuro, y no podemos olvidar que las instituciones de cultura superior —nuestra Universidad a la cabeza de ellas— son las depositarias, conservadoras y transmisoras de las esencias culturales de nuestra Nación. Cuando se quiera doblegar, poner de rodillas a la Nación, se comenzará por doblegar, poner de rodillas a la Universidad y a los centros de cultura superior y eso es lo que debemos evitar a todo trance.

El desarrollo del país, el impulso creador y la debida y adecuada ordenación de las técnicas y procedimientos para lograrlo, es indudable que no puede existir, sin la presencia de un grupo selecto de hombres capaces de plantear con visión de estadistas, las finalidades, las metas por alcanzar y al mismo tiempo, de realizar sobre bases firmes las políticas y prácticas necesarias para llegar a esas finalidades o alcanzar las metas propuestas; es decir, es necesario contar con los políticos, los hombres de ciencia y los técnicos, capaces de desenvolver

estas tareas y estos políticos, hombres de ciencia y técnicos, no nacen por generación espontánea, sino que se forman precisamente en los centros de enseñanza superior, en las universidades y en las escuelas técnicas.

Y, ¿qué es lo que hemos hecho de estas matrices de científicos y técnicos? Las hemos aniquilado, las hemos convertido en "trincheras políticas", en campos de experimentación de ideas políticas, de doctrinas sociales y económicas importadas o en simples campos de entrenamiento de guerrilleros, sin ideales y sin talento cuando no en eficaces trampolines para asaltar los puestos públicos y obtener el botín del presupuesto.

Y la verdad es diferente: ser universitario es un título de honor y un privilegio y como tal confiere derechos, pero sobre todo impone obligaciones. Nosotros sabemos, porque así nos lo enseñó la realidad antes de que lo postulan filósofos y políticos: que la Universidad debe estar abierta a la plena actualidad; más aún, tiene que estar en medio de ella, sumergida en ella y no tan sólo porque la excitación animadora del aire libre histórico convenga a la Universidad, sino también porque la vida pública necesita urgentemente la intervención de la Universidad como tal; pero si, queremos cumplir esta noble tarea, debemos ante todo tener en cuenta la grave responsabilidad que esto implica y la necesidad ineludible de una orientación interior firme y segura que nos haga dignos de ella.

Es por ello, precisamente, que celebrar y enaltecer a un maestro que durante veinticinco años ha sabido ser un auténtico universitario, dedicado a la investigación del Derecho y a transmitir el conocimiento, con amor y pasión, a legiones de estudiantes, es una verdadera fiesta para la Facultad de Derecho y para la Universidad y es, para mí, un honor y un privilegio, proclamarlo con la palabra y el corazón.

Muchas gracias.